

OLLO

El lugar de Olo se encuentra en el centro del Valle del mismo nombre, perteneciente al partido judicial y merindad de Pamplona. Dista 20 km de la capital de Navarra, que se recorren saliendo por la NA-700 dirección Ororbia; al llegar a esta localidad hay que tomar a la derecha la NA-7010 hacia Irurzun; pasado el desvío de Lete, nos encaminaremos por la NA-7020 hacia el Valle de Goñi, y una vez entrados en el Valle de Olo, en la bifurcación, es preciso continuar por la NA-7030 que nos lleva hasta la desviación de Olo.

El 13 de abril de 1066 el rey de Pamplona Sancho IV el de Peñalén donó el monasterio de Santa María de Olo, con el consejo y autoridad del obispo de Pamplona, al monasterio de Irache. En el año 1105 se menciona a Diego Álvaro actuando como testigo, denominándose señor dominante de Olo, en un documento testamentario del monasterio de Leire. Un molino de la localidad llamado Vici Naya fue donado hacia 1125 a San Miguel de Aralar. En 1201 aparece un tal Lope que firma como arcediano de Olo. Tanto la Orden de San Juan de Jerusalén como la Colegiata de Roncesvalles poseyeron tierras y heredades en el Valle de Olo desde el siglo XIII, pero no en la propia localidad. En 1232 el rey de Navarra, Sancho VII el Fuerte, liberó de pechas sus collazos y solamente se guardó algunos privilegios que se cuantificaban en tres mil ducados anuales en todo el valle; Parece, por lo tanto, que en estos momentos las tierras de Olo eran de realengo. En 1494 el rey Juan de Albret confirmó tales privilegios. A mediados del siglo XIV la localidad contaba con diez fuegos, seis de hidalgos y cuatro de labradores, y un solo sacerdote se hacía cargo de la parroquia de Santo Tomás.

Iglesia de Santo Tomás

LA ACTUAL PARROQUIA DE SANTO TOMÁS presenta cuatro tramos, aunque el del coro es fruto de un arreglo y ampliación de 1918, más la cabecera semicircular al exterior y al interior.

Al exterior presenta sillar de mediana calidad, aunque muy mezclado con las numerosas construcciones añadidas en los siglos XVII y XVIII. El ábside, empotrado entre los volúmenes modernos de la sacristía y de una capilla, está presidido por una pequeña ventana saetera hasta la que suben nueve hiladas de sillarejo de unos trece centímetros de grosor cada una. La construcción concluye con un imponente recerimiento que le confiere aspecto fortificado. La torre, de sección cuadrada, sufrió grandes reformas en los siglos citados y fue nuevamente restaurada en la ampliación de 1918. Pero, aun con todas estas intervenciones, conserva aspecto original con dos grandes vanos de medio punto en dos de sus paños, donde cuelgan las campanas.

La portada se sitúa al pie del antiguo muro de la epístola, aunque la citada ampliación la ha dejado, lógicamente, mucho más centrada. Toda la zona del pórtico se halla

cubierta por un soportal moderno de tres arcadas. Un pequeño, cuidado y bonito jardín delantero, donde apreciamos una vieja estela funeraria decorada a base de estrellas y entrelazos, confiere al lugar un ambiente agradable y sumamente tranquilo.

La portada, con más de 2,5 m de frente y 1,80 de potencia de muro, se estructura en arco interior y dos arquivoltas en platabanda, y una modesta chambrana, todos ligeramente apuntados. Las dos arquivoltas descansan sobre columnas provistas de basa clásica y capiteles con grueso collarino, decorados mediante hojas grandes lisas, unidas por combados y rematadas en sencillas bolas, los de la izquierda, y con bolas más desarrolladas hacia espirales y dos toscas caras antropoides, los de la derecha. Como veremos, se trata de una réplica algo más sencilla de la portada de la cercana ermita de Donamaría.

Al interior, las numerosas capas de pintura, incluida la moderna, dificultan el análisis. Pero todavía se aprecia la cubierta de medio cañón apuntado para la nave, y de horno apuntada para el ábside. Los arcos fajones, también



Exterior. Lado norte

Portada



Capiteles de la portada



apuntados, descansan, en el caso del arco triunfal, sobre pilastras con capiteles en cuarto bocel, en tanto que el resto lo hace sobre simples ménsulas bilobuladas. A la altura de las citadas ménsulas corre una pequeña imposta por todo el templo que, en el caso del ábside, está parcialmente cubierta por el retablo mayor dieciochesco que oculta la pequeña ventana del ábside. La factura del edificio lleva a proponer una datación en torno a 1200, poco posterior a la ermita, que fecharemos en el último tercio del siglo XII. Su construcción quizá pueda vincularse con el citado arcediano Lope, único personaje relevante mencionado en la documentación de época tardorrománica.

El resto del conjunto, realizado en 1918, ha tratado de conservar el aspecto de la construcción original, aunque esto únicamente se ha conseguido, en gran medida, mediante la aplicación de una decoración pictórica moderna que, al menos, da cierta uniformidad al edificio.

Por último, en el muro del evangelio, y tras pasar una pequeña capilla que conserva un crucificado gótico procedente de la ermita de Donamaría y un precioso conjunto renacentista del Descendimiento, nos encontramos una pequeña y sencilla portada de medio punto, tal vez obra de la fábrica original, aunque la distribución de dovelas hace pensar en una datación posterior. No podemos terminar sin mencionar dos buenas tallas góticas marianas que encontramos a los lados del retablo mayor. A la izquierda vemos la imagen de Nuestra Señora de Ollo o del Rosario, que ha perdido el Niño y, a la derecha, la de Nuestra Señora de Donamaría, antigua titular de la ermita de su nombre



Interior

Ermita de Donamaría

EN UN DOCUMENTO DEL SIGLO XI se cita a la ermita de Donamaría como propiedad del monasterio de Irache, por la donación citada anteriormente de Sancho IV el de Peñalén, realizada en 1066. Por la documentación de época moderna, parece haber sido lugar de batzarre, esto es, de reunión de los alcaldes y regidores de las villas del valle para tomar posturas o llegar a acuerdos entre ellos. Se documentan varios de estos batzarres o reuniones a lo largo del siglo XVII. También fue lugar de nombramiento de loberos, esto es, de reuniones para decidir la caza de los lobos que amenazaban los rebaños del valle y nombrar las personas encargadas a tal efecto, y sus salarios. Poseyó, además, una gran y potente cofradía a lo largo de la edad moderna, cofradía que llegó a ser numerosa en hermanos y rica en pecunias, pues sabemos, por los

libros parroquiales, que acostumbraban a realizar préstamos a particulares y a ayuntamientos del valle, préstamos no exentos de su consabido interés, que en ocasiones llegaba al cinco por ciento.

Tal vez la fuerza de la citada cofradía propició la gran transformación de la ermita en los siglos de la edad moderna. A ella se añadió, al lado del coro, una casa que servía de morada a un sacristán y de propia sacristía, se realizó un coro nuevo, se eliminó el ábside —probablemente circular— para sustituirlo por un testero plano; se renovó la cubierta, que quedó con vigas de madera, y se realizaron varias intervenciones en el muro, tanto al exterior como al interior, yuxtapuesta al aparejo antiguo con ladrillo y mampostería.

En la actualidad, paradójicamente, su estado es ruinoso y caótico. La edificación adjunta se ha hundido por



Panorámica del emplazamiento

completo, lo mismo que de la zona del coro, donde sólo se aprecia un amasijo de restos de vigas de madera, mezclados con sillares de piedra, ladrillos, tejas e, incluso, materiales de construcción modernos introducidos, tal vez, con la idea de frenar el deterioro, objetivo que no se ha conseguido. Todo ello no hace muy recomendable su visita, puesto que el grado de destrucción, que amenaza nuevos desprendimientos, puede ser bastante peligroso para un grupo de personas que no se mueva con cuidado entre las ruinas.

Dicho todo esto, muy pocos son los restos originales de la fábrica románica que podemos analizar. Fundamentalmente nos centraremos en la portada y lo que queda del arranque del arco triunfal, puesto que del aparejo únicamente podemos decir que, en las zonas no cubiertas por hiedras y matorrales, parece ser de mediana calidad. También debemos reseñar una ventana polilobulada, posterior al románico, y una cruz grabada encima de ella, situada al lado de los restos de la portada.

En lo que un día fue el segundo tramo del muro de la epístola se encuentra la portada, que presenta unas dimen-

siones muy parecidas a las de la parroquia de Santo Tomás de la misma localidad, más de 2,5 metros de frente y 1,85 de grosor de muro. Consta de tres arquivoltas en platabanda y una chambrana lisa, claramente apuntadas. Las arquivoltas descansan sobre pies derechos y dos columnas a cada lado provistas de basas simples y capiteles decorados. Los occidentales disponen hojas lisas unidas por combados muy altos, de reborde inciso, de cuyos ángulos superiores cuelgan bolas, similares, aunque más esmerados, a los del mismo lado de la parroquia de Santo Tomás. Los orientales presentan las mismas hojas con adornos vegetales de los que cuelgan piñas y florones. Es en estos capiteles donde se ve con nitidez la derivación de esta portada con respecto de la obra de las naves de Irache, en que fue generalizado el empleo de hojas lisas, con combados de rebordes incisos y adornos vegetales en las esquinas. Este elemento permite proponer una datación de la portada y del resto de la iglesia de Donamaría en el último tercio del siglo XII. La portada de la parroquia tomaría como modelo los capiteles de la ermita y los simplificaría años después.



Portada



Capiteles de la portada

Por último, en el interior apreciamos restos de lo que debió de ser el arco triunfal de entrada al ábside desaparecido. Empotrada contra el testero actual, encontramos –a la derecha– una media columna encajada en pilastra, con basa muy sencilla y gran capitel decorado a base de lo que parecen hojas y bolas muy desgastadas. Sobre el capitel todavía se aprecian tres grandes sillares del arranque del arco triunfal, mientras que en el lado izquierdo, el derribo debió de eliminar la columna original, que fue curiosamente sustituida por ladrillos y mampostería que intentaron, mediante un enlucido, imitar la columna románica.

El resto de elementos sustentantes, donde en su día hubieran descansado los fajones, fueron transformados, eliminando el sillar y colocando ladrillo en su lugar. Todo

lo demás, como hemos dicho, está constituido por ruinas y caos.

Texto: AAA - Fotos: JMA

Bibliografía

CARRASCO PÉREZ, J., 1973, pp. 172, 185 y 208; CMN, V**, 1996, pp. 482-486; GEN, voz "Olló", 1990, VIII, pp. 272-273; GOÑI GAZTAMBIDE, J., 1979a, p. 206; GOÑI GAZTAMBIDE, J., 1997, docs. 96, 106, 154 y 459; LACARRA, J. M. y MARTÍN DUQUE, Á. J., 1986, p. 545; MADOZ, P., 1840-1845 (1986), pp. 265-266; MARTÍN DUQUE, Á. J., 1983, pp. 294-295; MIRANDA GARCÍA, F., 1993, pp. 49-51; NAVALLAS REBOLÉ, A. y LACARRA DUCAY, M. C., pp. 220-221; PÉREZ OLLO, F., 1983, p. 189; YANGUAS Y MIRANDA, J., 1840 (1964), II, pp. 250-251 y III, p. 369.